

Categoría: Literaria, narrativa.

Modalidad: Bachillerato

Mariposas

Las botas de Alan muerden, mastican y escupen la gravilla mientras se acerca al maltrecho poste indicador de la estación de Minoi, Rusia. Hace frío y tiene que colocarse su bufanda antes de saltar la barra de seguridad para evitar pagar. Sus ojos, azules como el lapislázuli, recorren el oxidado horario, decorado por pintadas que sirven como testimonio de la presencia y legado de miles de estudiantes.

Al llegar al andén, el joven exhala, observando las vías con una mirada perdida. Se pregunta si el tren habrá pasado ya, y saca su teléfono móvil para mantenerse ocupado.

Un batir de alas atrae su atención: una bella mariposa revolotea cerca de él. “Bueno, hola. Eres preciosa. Demasiado preciosa para ser real, ¿verdad?” Murmura, suave como el pecado y espeso como el bourbon. Sus finos labios se curvan en una sonrisa tonta que no alcanza sus ojos.

Enamorado, Alan extiende su mano, pero la mariposa ignora su presencia y se aleja revoloteando, burlándose. El corazón del chico se encoje, y le invade una sensación familiar de haber perdido algo antes de tenerlo. “Oh.” Alan se limpia la nariz, que ha empezado a sangrar debido al piercing que aún no acaba de curarse. El insecto, como atraído por el mórbido olor de la sangre, resume su vuelo y aterriza en la parte superior del labio del chico.

El animal parece mucho más satisfecho con el accidente que él, pero pronto pierde el interés y vuelve a batir sus alas. Alan, que de pronto se agita al ser abandonado, actúa por instinto y se lanza, cerrando su puño con demasiada fuerza. “No me dejes.” Susurra con amargura, observando a la criatura inmóvil sobre su palma: doblada, aplastada, rota.

Deja escapar una carcajada, una de esas que es más como un agrío lamento.

Siente una punzada en el pecho cuando recuerda todas las veces que ha amado sin ser correspondido, todas las veces que ha sido dañado y ha dañado a otros. Quizá el problema esté en él mismo. Alan suspira y se limpia la sangre de la mano, dejando ir al destrozado insecto.

El tiempo pasa en agonizante soledad, y el frío se adhiere a su cuerpo poniéndole los pelos de punta. “Parece que el último tren no vendrá.” El joven siente la frustración aflorar en su pecho mientras se da la vuelta, dispuesto a abandonar la solitaria estación: parece que el destino no quiere que vaya a emborracharse a la capital.

De pronto, ve a alguien trotando hasta el andén y se detiene. Su corazón se aprieta de una forma que odia, de esa forma inconveniente y dolorosa. Se le seca la boca, y lo único que se le ocurre es un pensamiento estúpido. Bueno, eres preciosa. Demasiado preciosa para ser real, ¿verdad?

De repente, las mariposas ya no están en su mano. Están vivas y sanas, aleteando en su estómago. En su garganta. Una sonrisa embobada aparece en su rostro mientras observa a una chica cubierta de sudor y jadeante, sus mejillas encendidas por el esfuerzo. Parece que la joven de cabellos oscuros como la tinta también ha perdido el último tren a Moscú.

Por un instante, Alan no sabe qué hacer. Está atrapado entre el impulso de hablarle y el miedo de que, si lo hace, esta figura también desaparezca, como todo lo demás. Algo en ella le resulta terriblemente familiar. Quizás sea la forma en que sus pestañas revolotean, o cómo sus ojos amelonados, ardientes como un fénix y llenos de vida, parecen contradecir el frío que los rodea. Alan siente un escalofrío recorrer su cuerpo. Pero no es solo nerviosismo. Es algo más profundo, algo que lo sacude como un tren que llega a toda velocidad: esperanza.

Sin pensarlo más, da un paso adelante, como si fuera la única dirección posible. Le agarra por la muñeca con sutileza, sus ásperos dedos sintiendo el pulso de la chica. El de ella es firme, el suyo, no. “El último tren ya ha pasado. Si corremos, quizás lleguemos a tiempo a la siguiente estación.”

La chica parpadea, sorprendida, pero su boca se curva en una sonrisa que iluminaría incluso la noche más oscura, y divertida, lo acompaña. Sus pestañas aletean como las alas de un insecto familiar para Alan.

Cada paso es un latido, un recordatorio de que está vivo. El frío del aire parece menos intenso con ella a su lado, y por primera vez en mucho tiempo, el peso de la soledad que lo había perseguido se desvanece, aunque sea un poco.

Mientras corren hacia la próxima estación, Alan se permite una pequeña promesa. Quizás pueda mantener esta mariposa. No para encerrarla ni poseerla, sino para aprender a sostener la belleza sin destruirla. Y mientras siente su risa mezclarse con la de ella, decide que, esta vez, su corazón ha sido liberado.

Nova